

813

PQ2623

L1

E24

S248

ES PROPIEDAD

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

ALDUS Artes Gráficas.—Santander.

I

... Y LA INGLESA DE LOS OJOS AZULES

RAÚL de Limézy deambulaba alegremente por los bulevares como un hombre feliz que, con sólo mirar, goza de la vida, de sus deliciosos espectáculos y de la frívola jocundidad que ofrece París en ciertos luminosos días de abril. Era de mediana estatura. Tenía una silueta a la vez fina y poderosa. Sobre los bíceps se le abombaban las mangas; sobre una cintura ligera se hinchaba el torso. Y tanto el corte como el estilo de su indumento delataban al hombre que concede importancia a la cuestión de la ropa.

Al pasar frente al teatro Gymnase recibió la impresión de que un caballero que caminaba a su lado seguía a una señora, y no tardó en comprobar la exactitud de su impresión.

Raúl no encontraba nada más cómico y divertido que un caballero siguiendo a una señora. Así es que, a su vez, siguió al caballero que a la señora seguía. Y los tres, uno detrás de otro, a distancia pri-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

dencial, anduvieron a lo largo de los bulevares tumultuosos.

Realmente se necesitaba toda la experiencia del barón de Limézy para adivinar que aquel caballero seguía a dicha señora, porque el caballero en cuestión usaba una discreción de *gentleman*, con objeto de que la dama no recelase que era seguida. Raúl de Limézy también fué discreto. Y mezclándose a los transeuntes, apretó el paso para ver perfectamente a ambos personajes.

El caballero se distinguía por detrás a causa de una raya impecable que dividía sus cabellos negros y engomados, y por el ajuste del traje, igualmente impecable, que realzaba sus anchas espaldas y su estatura prócer. Visto por delante, mostraba un rostro correcto, de tez fresca y sonrosada y con bien cuidada barba. ¿Años? Unos treinta. Pisaba con firmeza. Sus gestos eran amplios. ¿Aspecto general? Vulgar. Sortijas en los dedos; boquilla de oro en el cigarrillo que fumaba.

Raúl se adelantó. La señora, alta, resuelta, de noble apostura, recorría la acera con pies de inglesa, sobre los cuales había delicados tobillos y graciosas piernas. La cara, muy bella, iluminada por admirables ojos azules y por una gran mata de cabellos rubios. Los viandantes se quedaban mirándola. Pero ella parecía indiferente al espontáneo homenaje de la muchedumbre.

— ¡Caramba, qué aristócrata! — pensó Raúl—. ¿Para qué la seguirá ese indigno mentecato? ¿Qué será? ¿Un marido celoso? ¿Un pretendiente desdenado? ¿Un tenorio en busca de aventuras? Eso debe ser, eso. La

cara del buen señor es como la de quienes se creen irresistibles.

La mujer atravesó la plaza de la Ópera sin preocuparse de los numerosos vehículos. Un carro iba a impedirle el paso; pero ella agarró con tranquilidad las riendas del caballo, al que inmovilizó. El carretero, furioso, abandonó su puesto y se le acercó para increparla. La señora le asestó un puñetazo en la nariz que hizo brotar sangre. Un agente de policía pidió explicaciones. Pero ella, dando media vuelta, se alejó serenamente.

En la calle Auber se pegaban dos muchachos. La señora los agarró del cuello y los mandó a diez pasos. Luego les echó sendas monedas de oro.

En el bulevar Haussmann entró en una pastelería. Raúl, desde lejos, vió que tomaba asiento junto a una mesa. Y como quiera que no entrase el caballero, penetró él, colocándose de manera que ella no pudiera notarle.

La señora pidió te y cuatro *toasts*, que devoró con sus magníficos dientes.

También llamaba la curiosidad otra mujer joven, sentada más lejos. Su cabellera, rubia, como la de la inglesa, estaba peinada con ondulación. Y si su vestido era menos rico, denotaba un gusto parisiense más acusado. La rodeaban tres chiquillos pobremente vestidos, a los que repartía pasteles y vasos de granadina. Los había encontrado en la puerta. Y les agasajaba por el contento de ver cómo se inflamaban de placer sus ojuelos y cómo se embadurnaban de crema sus mejillas. No se atrevían a decir pío, pero se atiborraban a más no poder. La mujer, más chiquilla que

todos juntos y extraordinariamente regocijada, charlaba por ellos:

—¿Qué decís a la señorita?... ¡Más alto!... No lo he oído... No, no soy una señora... Hay que decirme: «Gracias, señorita»...

Pronto fué Raúl conquistado por dos cosas: por el júbilo dichoso y natural de su rostro y por la profunda seducción de los dos ojos verdes, color de jade, estriados de oro, de los cuales no se podía apartar la vista una vez puesta en ellos.

Tales ojos suelen ser extraños, melancólicos o pensativos. Quizá fuera dicha expresión la habitual de ellos. Pero en aquel instante ofrecían el mismo resplandor de vida intensa que el resto de la cara, que la boca maliciosa, que la naricilla palpitante, que las mejillas de sonrientes hoyuelos.

—En esta clase de seres no hay términos medios: o alegrías extremadas o dolores excesivos—se dijo Raúl, que ya sentía en él un súbito deseo de influir sobre aquellas alegrías o de combatir aquellos dolores.

Se volvió hacia la inglesa. Era verdaderamente bella, con una belleza poderosa, hecha de equilibrio, proporción y serenidad. Pero le fascinaba más la señorita de los ojos verdes, como la llamó. A la una se la admiraría; a la otra se desearía conocerla para penetrar en el secreto de su existencia.

Sin embargo, cuando ella, luego de pagar la cuenta, se marchó con los tres niños, vaciló. ¿La seguiría? ¿Se quedaría? ¿Por qué ojos se decidiría? ¿Por los ojos verdes? ¿Por los azules?

Se levantó precipitadamente, dejó el dinero en la caja y salió. Habían vencido los ojos verdes.

Una imprevista escena le sorprendió: la señorita vencedora hablaba en la acera con el hombre finchado que media hora antes seguía a la inglesa como un enamorado tímido o celoso. La conversación, animada y febril por ambas partes, más bien parecía una discusión. A las claras veíase que la joven quería pasar y que el presumido caballero se lo impedía. La cosa era tan evidente que Raúl, saltando sobre toda etiqueta, iba a intervenir.

No tuvo tiempo. Ante la pastelería se detuvo un taxímetro, del cual descendió un caballero que, al ver la escenita de la acera, levantó el bastón y con certero golpe echó a volar el sombrero del petulante.

Éste, pasmado, retrocedió; pero después, sin preocuparse de la gente que acudía, profirió:

—¿Está usted loco? ¿Está usted loco?

El recién llegado, que era más pequeño y de más edad, se puso a la defensiva, y con el bastón en alto gritó:

—Le he prohibido que hable con esta joven. Soy su padre. Y le digo que usted no es más que un miserable, ¡sí, un miserable!

Tanto uno como otro temblaban de rencor. El presumido, al oír la injusticia, se recogió, dispuesto a saltar sobre el recién llegado, al que la joven tenía cogido del brazo y procuraba llevar hacia el taxi. Y el presumido consiguió separarlos y agarrar el bastón del caballero, cuando, de pronto, se vio frente a una cabeza que surgía entre su adversario y

él. Era una cabeza desconocida, rara, cuyo ojo derecho parpadeaba nerviosamente y en cuya boca, deformada por una mueca de ironía, había un cigarrillo.

Se trataba de Raúl, que dijo con voz ronca:

—¿Quiere hacer el favor de darme fuego?

La pregunta no podía ser más importuna. ¿Qué pretendía aquel intruso? El tenorio se indignó.

—¡Déjeme en paz! No tengo fuego.

—Pues ahora mismo fumaba usted—afirmó el entremetido.

El otro, fuera de sí, intentó apartarle. Al no conseguirlo, al no poder conseguir tan siquiera mover los brazos, inclinó la cabeza para ver qué obstáculo se lo impedía. Pareció turbarse. Las manos del intruso le sujetaban las muñecas de manera que era imposible todo movimiento. Un tornillo de hierro no le hubiera paralizado más. Y Raúl no dejaba de repetir de una manera tenaz y obsesionante:

—Haga el favor de darme fuego. Sería una verdadera desgracia que me lo negara.

Alrededor reía la gente. El gomoso, exasperado, vociferó:

—Pero, ¿quiere dejarme en paz? Ya le he dicho que no tengo.

Raúl movió la cabeza con aire melancólico.

—¡Qué descortés! Nunca se niega fuego a quien lo pide con educación. Pero ya que se empeña en no hacerme el favor...

Le soltó las muñecas. El conquistador, al verse libre, hizo un gesto rápido. Pero ya se marchaba el automóvil, llevándose a su agresor y a la señorita de los ojos verdes. Era

fácil suponer que el esfuerzo del gomoso sería inútil.

—¡Sí que la he hecho buena! —se dijo Raúl—. Luego de imitar a Don Quijote en favor de una bella desconocida, la bella desconocida desaparece sin darme su nombre ni su dirección. ¡Es imposible encontrarla! ¿Cómo?

En vista de ello se decidió a volver hacia la inglesa. Precisamente se alejaba a la sazón, luego de haber asistido, sin duda, al incidente. La siguió.

Raúl se encontraba en una de esas horas en que la vida se halla en cierta manera suspendida entre el pasado y el porvenir, un porvenir que prometía semejarse al pasado. En medio, nada. Y en tal caso, cuando se tienen treinta y cuatro años, la clave de nuestro destino es la mujer que parece tener a uno en sus manos. Ya que los ojos verdes se habían desvanecido, sujetaría su marcha incierta a la claridad de los ojos azules.

Casi en seguida, pero luego de haber vuelto sobre sus pasos, afectando cambiar de camino, notó que el presumido de los cabellos engomados se había puesto nuevamente a la caza. Rechazado por una, se dedicaba, como él, a la otra. Y los tres volvieron de nuevo a caminar, sin que la inglesa pudiera discernir el tejemaneje de sus pretendientes.

Caminaba ella por las aceras animadísimas, muy atenta a los escaparates, pero indiferente a los rendidos homenajes. Así llegó a la plaza de la Madeleine. Y por la calle Royal se metió en el arrabal Saint-Honoré, hasta llegar al gran hotel Concordia.

El gomoso se detuvo, dió luego unos pasos, compró un paquete de cigarrillos y, finalmente, entró en el hotel, donde Raúl vió que hablaba con el portero. Pero tres minutos después salía. Y ya se disponía Raúl a interrogar al portero acerca de la joven inglesa de los ojos azules, cuando ésta atravesó nuevamente el vestíbulo para subir a un auto, en el que habían depositado un maletín. ¿Saldría de viaje?

—Siga a ese auto—dijo Raúl al *chauffeur* de un taxi que tomó apresuradamente.

La inglesa, luego de hacer varias compras, bajó ante la estación de París-Lyón y se instaló en la fonda, donde encargó un cubierto.

Raúl se sentó aparte.

Ella, una vez terminada la comida, se fumó dos cigarrillos. Allá a las nueve y media, un empleado de la Compañía Cook le entregó su billete y el talón del equipaje. Y luego subió al rápido de las 9 y 46.

—Cincuenta francos—ofreció Raúl al empleado—si me dice el nombre de esa señora.

—Lady Bakefield. •

—¿Adónde va?

—A Montecarlo, señor. Ocupa el vagón número cinco.

Raúl se decidió, no sin reflexionar. Los ojos azules bien valían el viaje. Además, así como siguiendo a los ojos azules había encontrado los ojos verdes, quizá mediante la inglesa podría encontrar al gomoso y, en consecuencia, los verdes ojos.

Sacó, pues, un billete para Montecarlo y se precipitó al andén.

Primero vió a la inglesa subiendo los es-

tribos de un vagón. Y luego de escabullirse por los grupos, volvió a verla a través de los cristales, aún en pié, pues se estaba quitando el abrigo.

Pocos viajeros había. Era pocos años antes de la guerra, a fines de abril. Y aquel rápido, sin vagones-cama ni restaurante, llevaba hacia el sur escasos viajeros de primera clase. Raúl sólo distinguió dos hombres que ocupaban el departamento anterior del mismo vagón número 5.

Paseó por el andén, alejándose bastante del vagón; alquiló dos almohadas, se proveyó de periódicos y folletos en la librería ambulante, y, al sonar la señal de partida, subió los peldaños de un salto y entró en el tercer departamento, como quien llega a última hora.

La inglesa estaba sola, junto a la ventanilla. Él se acomodó en el banco de enfrente, pero cerca del pasillo. Cuando la mujer levantó los ojos, observó al intruso, que ni tan siquiera llevaba la garantía de una maleta o de un paquete, y, sin que pareciera emocionarse, se puso a comer grandes bombones, tomándolos de una holgada caja que tenía abierta sobre sus rodillas.

Pasó un revisor que taladró los billetes. El tren iba velozmente. Los resplandores de París desaparecían. Raúl, luego de repasar distraídamente los periódicos, los arrojó porque no le sugerían interés.

—¡Ningún acontecimiento! ¡Ningún crimen sensacional!—pensó—. ¡Es mucho más interesante esta joven!

El hecho de encontrarse solo, en un pequeño departamento cerrado, con una desco-